

El arte del cuerpo en la era de su infinita perfectibilidad técnica

Christian Ferrer

UNO. Hubo una época en que el arte, la política y la ética orientaban la imaginación humana. Sucedió en el siglo XIX, cuando ni siquiera los frutos asombrosos ofrecidos por la ciencia y la técnica opacaban ese esplendor de las ideas. El arte nunca dejó de intimar con los paisajes tecnológicos: de la crítica “naturalista” a los efectos de la revolución industrial al encandilamiento con las potencias fáusticas de la técnica, según les sucedió a los futuristas hace cien años. Luego, la bomba atómica y la guerra fría fueron acontecimientos históricos auscultados por el arte, como hoy también lo son la informática o la biotecnología. Pero el tablero donde sucedían estos desplazamientos está trastocado. Se ha invertido la ecuación del siglo XIX, y ahora la ciencia y la técnica proponen una imagen verosímil –y deseada– del mundo, en tanto la política y el arte ejercen únicamente funciones de retaguardia. Este cambio de “orientadores” de la imaginación humana acompaña a transformaciones de la subjetividad iniciadas hace cuarenta años. El ciclo de época que comenzó en la década del sesenta ha promueve procesos de hedonización en ámbitos que cubren las políticas públicas y los decorados urbanos, los consumos asociados al entretenimiento y la auto-comprensión del cuerpo. La creciente y acuciante demanda de placeres es consigna de época, y numerosas industrias específicas comenzaron a abastecer esa necesidad, en el mismo momento en que las innovaciones científico-técnicas en biología y farmacéutica se acoplaban entre sí y se proponían como la panacea de la felicidad humana de cara al futuro. Parecía que los padecimientos del cuerpo humano iban a ser redimidos al fin, porque los anteriores proyectos de “reducción” del sufrimiento subjetivo (ilustración, psicoanálisis y existencialismo) fueron menguando su capacidad de sostén del cuerpo sufriente en sociedades cada vez más tecnificadas y que descargan sobre el cuerpo exigencias similares a la que se reserva para las máquinas. Hacia fines del siglo XX la necesidad de amortiguación técnica del sufrimiento se acentuó, y el cuerpo devino en campo de modelación para una subjetividad que sueña con salir indemne de su paso por la existencia. Placer, políticas de la vida y técnica constituyen hoy las piezas de una maquina social que aún no acaba de ensamblarse del todo. Curiosamente, la exigencia de “acolchonamiento subjetivo” ante la intemperie del mundo está promoviendo el despliegue del género pornográfico como incentivador de imágenes idílicas, de felicidad intersubjetiva. La pornografía ya es el género artístico de las multitudes, *aunque consumida indirectamente*. Se diría que es el género sintomal de la actualidad. Pero restaría pensar la cuestión de la dignidad del cuerpo en un mundo técnico.

DOS. La metamorfosis ha sido, desde siempre, condición de existencia de los actos y lenguajes humanos. “Metamorfosis” significa apertura expectante al mundo tanto como transformación que brota íntimamente. Las mutaciones de esas crisálidas enormes llamadas “humanos” han sido tan incontables y constantes que

escasísimos fósiles han quedado como testimonio de los comienzos del proceso. Pero entre tanta órbita y desórbita algo había restado inmutable: el cuerpo humano, biológicamente considerado, era, hasta hace unas décadas, un museo de sí mismo, un homenaje viviente a la lenta y cuidadosa maceración de un acontecimiento que algunos llaman evolución, y otros, creación. Fueron necesarios millones de años para dar forma y figura a los cuerpos de macho y hembra, y quizás se hubieran necesitado cientos de miles más para que acontecieran mínimas aunque significativas modificaciones en sus proporciones. Tal es el misterioso vínculo entre tiempo y naturaleza. De lo que en su interior encerraba el frágil recipiente de carne mucho se ha imaginado y especulado, y restos de esa cosecha han quedado inscriptas en teodiceas enteras, en innumerables tratados o, simplemente, en las cápsulas orales que el lenguaje en común ha condensado: chispa divina, alma, espíritu, razón, sinrazón, deseo, psiquis, violencia, fe, bondad, amor. De estas palabras, breves alianzas helicoidales de interrogante y esperanza, se nutre la sustancia de la memoria colectiva. Con cierta ansia repentina, un nuevo concepto se agrega, y hasta se postula como posdata que clausuraría la lista: "código genético". La aparente asepsia científica de estas dos palabras no queda contenida en el pequeño mundo de investigadores y académicos. Por el contrario, todas las instituciones fundamentales de la actualidad (medios de comunicación, laboratorios científicos, formas jurídicas, empresas dedicadas a la experimentación farmacéutica y biológica, reparticiones específicas de los ejércitos, sin exceptuar al mercado de la belleza quirúrgicamente garantizada y a la industria pornográfica) han comenzado a orientarse según las promesas del cuerpo reconstruible a imagen y semejanza de las posibilidades que la técnica habilita hoy en día, o bien confía en hacerlo en años próximos. Estas potencias están dando forma al mundo, y tanto fomentan ideas descabelladas como estimulan el consumo de consuelos cuya fiabilidad es aún precaria. En las últimas dos décadas esta orientación de época ha sido movilizadora por la cirugía plástica y la fabricación y lanzamiento de medicamentos antidepresivos, sendos signos de los tiempos que corren. Es decir, la alquimia contemporánea del cuerpo es justificada mediante argumentos humanistas, hedonistas o piadosos: la cura de enfermedades, el pronóstico de malformaciones genéticas, el bienestar subjetivo. Pero desde muy antiguo se sabe que las píldoras del mal vienen revestidas de oropel. Consecuentemente, pero girando sobre el mismo eje, el rechazo a los tejemanejes de los aprendices de brujos proviene de tradiciones conservadoras. En ambos casos, el recurso a los lemas del humanismo dificulta la visión de la frontera que estamos cruzando, quizás para siempre.

TRES. Quizás el análisis de tres casos ejemplares de la actualidad ayude a abordar las paradojas y complejidades del proceso de transición del mundo humanista clásico a un mundo donde las prácticas y las formas jurídicas tratarán a la vida como sustancia sacrificable. En la intersección de técnica, malestar subjetivo y arte, a veces se evidencian síntomas problemáticos de la actualidad.

A) Transplantes de órganos. Se trata de un tema que ha sido tratado primordialmente por la ciencia-ficción, que de por sí constituye uno de los mitos fundadores del siglo XX, junto con la cinematografía y el psicoanálisis. También, últimamente, la artista francesa llamada Orlan, pero también los hermanos británicos apellidados Chapman, y muchos otros, han dedicado atención a la cuestión de la perfección e imperfección corporal. ¿Pero dónde está el ojo del huracán que a muchos pasa desapercibido? Pensemos en el siguiente caso. Los transplantes de órganos eran, hasta hace un tiempo, complicados en ejecución, escasos en número, y demasiadas veces fatales en sus resultados. Eran tarea de pioneros, y cada logro conseguido poco menos que una proeza. Quienes ofrecían sus cuerpos a la ciencia ingresaban al quirófano esperanzados pero inevitablemente conscientes de que su destino equivalía al de la rata de laboratorio y el prototipo industrial. Fue a comienzos de los años ochenta cuando nuevas generaciones de inmunodepresores permitieron alcanzar un grado mucho mayor de aceptación corporal del órgano injertado. Se había superado el problema de la “amortiguación”. Desde entonces, crece la cantidad de operaciones quirúrgicas, aumenta el prestigio de los cirujanos que se especializan en este tipo de intervenciones, se abre el abanico de injertos a todo tipo de órganos, la investigación científica sobre el tema avanza a toda velocidad, y la numerosa cantidad de casos exitosos hace que esas operaciones no sean ya noticia en primera plana. Sin embargo, la oferta de donantes sigue siendo insuficiente con relación a la demanda de órganos. La mayoría de los habitantes del mundo siguen siendo sepultados tal cual llegaron al mundo: completos. “Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado: puesto que polvo eres, y a ser polvo volverás”. No son pocas las tradiciones religiosas que interpretan este pasaje bíblico de modo literal, aseverando que nadie tiene derecho a alterar, ni en vida ni en la muerte, el cuerpo con que Dios lo trajo al mundo. Algunas religiones son tan estrictas que un simple tatuaje impide el ascenso al reino de los cielos. Las tradiciones atávicas y los temores encarnados acerca de la extirpación de partes de un todo corporal explican el resto del bajo porcentaje de donaciones. Las listas de espera de órganos se transforman en el equivalente del “pasillo de la muerte” de las cárceles norteamericanas. La coexistencia de medios técnicos posibilitadores de la extensión de la vida junto a la escasez de órganos disponibles acentúa una paradoja. Pero este desfase no necesariamente conduce a los hombres actuales a aceptarlo con resignación y entereza. Se sabe que personas ricas del primer mundo anotados en listas de espera compran órganos a indigentes del tercer mundo a fin de saltarse la lista de espera. Como las leyes sobre transplantes en los países “ricos” son duras y rigurosas, muchos millonarios viajan a los países de origen del “donante” con su propio equipo médico a fin de evitar las molestas consecuencias de un acto ilegal y de la precariedad sanitaria del “subdesarrollo”. Dada la posibilidad técnica de resolver un asunto de vida o muerte, la ética se vuelve una variante de ajuste. Una variante de ajuste *económica*. Estas prácticas de las que poco se sabe aún pero a las que se sospechan extendidas son la causa de la creciente circulación de leyendas sobre el robo de órganos a personas, particularmente niños, del tercer mundo. No es un detalle menor que las personas en listas de espera de donantes, o bien sus familiares, probablemente

esperen y deseen la noticia de la muerte de otro ser humano. Es entendible e inevitable que esos sentimientos afloren. Como se dice en estos casos: *es humano*. También lo es el error.

B) La mecanización de la vida y muerte animal. Piénsese en la siguiente historia: la primera víctima de la silla eléctrica respondía únicamente al nombre de “Dash”. Era un perro de la calle que fue utilizado para probar la eficacia de la electricidad aplicada al arte de matar. Ocurrió en New York el 30 de junio de 1888. Primero, se hicieron pasar 300 voltios por el cuerpo de Dash, lo que lo hizo aullar; luego se intentó con 400 voltios, que tampoco lograron acabar con su vida; al fin se subió la corriente a 700 voltios, lo que le dejó la lengua colgando, pero aún así seguía vivo. Al cuarto intento el perro murió. *No murió como un perro, sino como un experimento científico.*

La comisión estatal norteamericana encargada de buscar un método alternativo a la horca, que era el único establecido hasta ese momento, considero treinta y cuatro posibilidades distintas, pero muy pronto las teclas de ese abanico fueron reducidas a cuatro: el garrote vil, la guillotina, inyecciones hipodérmicas (posibilidad rechazada porque “la morfina podría llegar a eliminar en el reo el gran miedo de la muerte”) y la electrocución, que fue la elegida. Thomas Alva Edison, el inventor de la lamparita de luz y del fonógrafo, fue uno de los consultados, y recomendó recurrir a la energía alterna. Dos años más tarde, Francis Kemmler, quien había asesinado a su mujer, fue el primer hombre sentenciado a morir electrocutado. La nueva fórmula judicial que le fue leída fue la siguiente: “Has sido condenado a sufrir la pena de muerte por medio de la electricidad”. El sentenciado respondió al Tribunal: “Estoy dispuesto a morir por la electricidad. Soy culpable y debo ser castigado. Estoy listo para morir. Estoy contento de que no voy a ser ahorcado. Creo que es mucho mejor morir por la electricidad que por ahorcamiento. No me causará ningún dolor”. Se equivocaba, y mucho. La sentencia no se llevó a cabo de inmediato pues Kemmler apeló el fallo, el cual terminaría por ser confirmado. Mientras tanto, en la cárcel fue bautizado en la fe metodista, e incluso aprendió a leer, pues había ingresado a prisión analfabeto. La ejecución de Francis Kemmler no fue sencilla, como no lo fueron tampoco las de los sucesores de Dash, también perros de la calle, y sin excluir a varios caballos, que fueron utilizados para testear y ajustar la eficacia de la nueva forma de ejecución. En verdad, al igual que sucedió con la guillotina cien años antes, que fue considerada una mejora en relación a los ahorcamientos y fusilamientos anteriores, también la silla eléctrica fue considerada un progreso. Se suponía que daría una muerte tan rápida que incluso pasaría inadvertida para el condenado. De hecho, los verdugos que aprestarían la ejecución de Kemmler serían, por primera vez, ingenieros y electricistas, y ya no seres enmascarados o bien policías. También habría médicos presentes para certificar el deceso. La silla eléctrica podía insertarse suavemente a la idea progresista que se tenía de los inventos científicos: precisos, infalibles, modernos. De hecho, toda la logística policial de la época estaba siendo renovada por la ciencia: el análisis de las huellas digitales y del cabello, el identi-kit, etcétera. Al ser conducido al lugar de la ejecución, Francis Kemmler dijo a los presentes: “Caballeros, les deseo a todos buena suerte. Creo que me voy a un lugar mejor, y estoy listo para partir. Sólo

quiero agregar que mucho se ha dicho acerca de mi persona que no es verdad. Soy lo suficientemente malo. Pero es cruel sacarme de este mundo peor aún". Una vez sentado y amarrado, se dio la orden de liberar los 1000 voltios convenidos. Según contaron los testigos, el cuerpo de Kemmler se endureció repentinamente, se le salieron los ojos, y la piel se le puso blanca. Después de diecisiete segundos, se dejó pasar a un médico que certificó la muerte del reo. Un dentista presente, el Dr. Alfred Southwick, no se privó de decir: "Aquí esta la culminación de diez años de estudios y de trabajo. Desde este día vivimos en una civilización más elevada". Sin embargo, Kemmler no había muerto, y varios de los testigos así lo hicieron notar. Entonces se elevó la corriente a 2000 voltios, y pronto la saliva comenzó a escapar por su boca, se le rompieron las venas y las manos se le llenaron de sangre. Al fin, el cuerpo entero ardió en llamas. Era el 6 de agosto de 1890.

Es de rigor en las ciencias humanas aseverar que no es la biología sino la cultura lo que determina la condición histórica del ser humano. El tradicional rechazo humanístico al "biologicismo" no parte de razones únicamente teóricas sino también de sospechar que detrás de tales definiciones se esconden consecuencias políticas o morales. Sin embargo, no deja de ser significativo que postular que solo la historia y la cultura formatean la subjetividad humana supongan un menoscabo del cuerpo, pues entonces la historia y la cultura se inscribirían en ese volumen de carne como éste si fuera un pizarrón vacío, o una "tabula rasa". De esta manera se olvida que *somos un cuerpo*; y además, un cuerpo de animal. Y que también interpretamos al mundo pre-fonéticamente, por ejemplo, cuando lloramos o cuando reímos. No deja de ser curioso que esta tradicional negación del cuerpo termine ahora en muchísimos sociólogos progresistas que consideran que la biotecnología podría cambiar positivamente el destino histórico de la especie. Tampoco deja de ser curioso que en las últimas décadas cada vez más sociólogos, filósofos de la mente, neurobiólogos, filósofos de la técnica, y también el periodismo y el público lector en general, acepten que ya se ha establecido una continuidad irreversible entre máquinas y hombres, y que no sean pocos los que se plantean para el futuro construir máquinas artificiales que reproduzcan la "inteligencia" y las "emociones" humanas. Pero cada vez meditamos y nos preocupamos menos por las relaciones de continuidad entre hombre y animal. Quizás porque hemos negado la parte de "animalitas" en el ser humano. No son demasiados los filósofos que la incorporaron a sus obras como elemento inescindible en la comprensión de la vida humana: Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Georges Bataille, Maurice Merleau-Ponty. Últimamente, Peter Sloterdijk ha sostenido que tanto la religión como la pedagogía iluminista han sido sucesivos proyectos fallidos de calmar a la "bestia humana", es decir a la violencia personal y estatal. Para este autor, la biotecnología se presentaría como el modelo actual de domesticación y apaciguamiento (antidepresivos, implantes, reconstrucción facial) y de potenciación genética, una vez que comenzamos lentamente a asumir que esas formas anteriores de "pacificación" del hombre han fracasado. Quizás haya que volver a pensar la noción de vida en la tierra y sus derechos. Y en particular, pensar que derechos tenemos sobre el reino animal. La relación con los animales puede adquirir forma de dominio, de compasión y piedad, de concesión de

“derechos” o bien de consideración de sus “intereses”, el primero de los cuales sería no sufrir. En la vida social, la cuestión de la diferencia puede conducir a la negación o conculcación de derechos del “diferente”, y tal actitud lleva a la resistencia o a la guerra; o puede resolverse mediante la tolerancia o la aceptación de la condición del otro, o bien inclusive a través del reconocimiento de los atributos del “otro” que hay en “mí”. Pero estas operaciones se vuelven más difíciles cuando se aborda una diferencia más radical: *la diferencia animal*, y por lo tanto, la posibilidad también de establecer continuidades y discontinuidades entre vida humana y vida animal. Si lentamente comienza a “llamarnos” la cuestión de la “liberación animal” quizás sea por la creciente concientización de época de que la alienación corporal esta directamente relacionada con el maltrato de los animales.

En este mismo año 2004, J. M. Coetzee, el último ganador del Premio Nobel de Literatura, publicó un libro notable, llamado *Elizabeth Costello*, nombre de un personaje de ficción. Se trata de una escritora que es invitada a disertar en unas conferencias académicas muy famosas. El personaje, en vez de discurrir sobre sus novelas, lanza un alegato descarnado y conmovedor a favor de los animales. Pero antes de desgranar todos sus argumentos, Elizabeth Costello comienza por establecer que para ella no hay diferencia entre lo que ocurrió en Auschwitz y lo que ocurre diariamente en los mataderos de reses. ¿Es posible plantear esta equivalencia o se trata de una comparación impropia? Y además, ¿por qué ha sido la literatura (John Berger, por ejemplo) la que ha hecho carne sobre el tema, y no las artes plásticas o visuales?

C) La pornografía: No está en su guarida –donde pernoctó por dos siglos– porque su antigua condición clandestina es ahora ubicuidad. En un tiempo fue un género literario editado en los dobleces de la ley y pasado de mano en mano. Luego, la fotografía transmutó las volutas de la imaginación letrada en imagen fija y unidimensional, posibilitando su circulación en ámbitos populares. Más adelante, el peep-show y el cine concedieron a la carne movilidad en el tiempo, y las revistas –como si fueran caleidoscopios– la multiplicaron. Las prohibiciones nunca dejaron de encorsetar sus desplazamientos, aunque ya era época de melenas y minifaldas. Pero en los años ochenta el video trajo aparejado el blanqueo de su biografía bastarda y el acceso al sancta-sanctorum familiar. Internet culmina la fragmentación de la piel para reconstituirla orgiásticamente, tal cual una cornucopia, o una hidra. Sin embargo, todos estos son efectos especiales causados por sucesivos impulsores técnicos. Entonces, ¿cómo hizo para escapar de la tranoche y la catacumba hacia el resplandor de las pantallas en apenas un cuarto de siglo?

Cuando yo era niño existían varias revistas destinadas al público femenino. Algunas solían incluir fotonovelas románticas, salpimentadas con dosis medidas de desnudez y de osadía. Era la pornografía posible para las mujeres de entonces, tanto como las radionovelas lo fueron para sus antecesoras, y los galanes de cine y los folletines para un tiempo aún anterior. Eran balanzas en que la diferencia existente entre el tipo ideal de marido y el verdadero era rigurosamente ponderada. Era la época de Corin Tellado. Y de la píldora anticonceptiva también.

La pornografía es el conmutador central que procesa los altibajos y variaciones de sus sucursales “honorables”, a las que podría considerarse fachadas que usufructúan de una franquicia. Esto concierne al turismo sexual y a la alta costura, a los sex-shops y a las fiestas de quinceañeras, a la presentación de la persona en la vida cotidiana y al diseño de la publicidad comercial, a la cirugía estética y a las despedidas de solteras, a las escenas de fantasía de las discotecas y a la elección del traje de bodas. En los bordes de muchas actividades acostumbradas la pornografía establece relaciones osmóticas, sea con el cine de autor, la programación televisiva, las artes plásticas o el diseño de eventos. Son interferencias crecientes del arte del desnudo obscuro sobre las expectativas eróticas de la población. Así, el aliento, y las fauces, de la industria de la carne dan forma a la consideración actual sobre el valor del cuerpo. Precondiciones de una interpelación tan exitosa han sido el desvanecimiento del pudor y el ansia violenta de felicidad instantánea. Una vez emancipado, el comercio de imágenes carnales no puede sino empujar sus acciones hasta lo más alto de la bolsa de valores. Pero el proceso de desvergonzamiento requiere de diversos apuntaladores. Las distintas proveedurías de erotismo empaquetado no pueden ser comprendidas sino como despliegues de la “revolución sexual”, iniciada en la década del '60. Son inescindibles. Y los avances políticos de la mujer no dejan de estar en íntima complicidad con la liberación pornográfica de su clandestinidad. Ya es entrenamiento sensorial para un mundo en donde la anatomía complacida y complaciente es tenida por ser el alambique de la felicidad, además de un bien de intercambio. Inevitablemente, el strip-tease se encuentra con las maquinarias de la excitación sobre una mesa de disección del cuerpo.

El paisaje psíquico que necesita de narraciones pornográficas, *aún indirectamente*, ya no responde a marcos morales de los que el temor y la auto-restricción serían sus tamices. Una época que anhela huir del sufrimiento y del aburrimiento, y que somete a las personas a encajar presiones insostenibles, encauza sus “patologías” hacia oasis gozosos. Y en un mundo idílico, como lo es el de la pornografía, sus personajes están condenados a ser felices. Ciertamente es una felicidad puntillista, y que el detalle y el primer plano no dejan ver el bosque. Pero un mundo tan detallado también puede ser visto como un intento provisorio de aprehender el cuerpo en su totalidad, como si el rompecabezas troquelado por fábricas y hogares, por maltratos y desdichas, solo pudiera ser vuelto a ensamblar *por partes*. El cuerpo profanado; también reivindicado. Pues así como el lenguaje íntimo contiene léxicos distintos a los proferidos en la plaza pública, también la visión del cuerpo en la intimidad requiere del deshojamiento de capas y capas de mascarada y etiqueta. Ambos mundos de vida se superponen ahora, aunque en el terreno de las creencias y las prácticas definidas por el patriarcado. En esas pompas pícaras levitadas desde el edén se postula un modelo de sociabilidad deseable que no es desemejante al propuesto por el Marqués de Sade: la prostitución universal, o sea la inversión del contrato social. En una sociedad en donde la infidelidad es la variante menos digna del amor libre y en la que el derecho al harén personal ya es consigna, la voluntad de libertinaje trastoca el ideal liberal de la tolerancia. Subvertido el contrato, cada cual deviene en camaleón; quizás en crisálida.

En todo caso, la pornografía es síntoma, y no causa de nada. James Ballard, un famoso escritor británico, en su último libro, *Noches de cocaína*, imagina una especie de ciudad habitada por ricos, una especie de Cariló un poco más exclusiva, o bien una Punta del Este más reducida en tamaño, en la cual sus ciudadanos pudientes sufren de aburrimiento, y languidecen. Hasta que una serie de acontecimientos (delitos menores, autos robados y destruidos, filmación de videos pornográficos en los que las mujeres de esa comunidad son violadas), nos muestran a una imaginación social “dada vuelta”, es decir, que asume que esos hurtos y transgresiones que en las sociedades humanistas son perseguidos o controlados. En cambio, en este experimento comunitario, las infracciones a las leyes se han transformado en la normalidad, o mejor, en acontecimientos sacrificiales en los cuáles las “víctimas” (desde un punto de vista jurídico clásico) aceptan su condición en tanto y en cuanto ese sacrificio mantiene a la comunidad unida. Por lo demás, la pornografía quizás sea el más inocuo de los géneros visuales, y por eso puede circular abiertamente. Son sólo cuentos de hadas para adultos.

CUATRO. Por demasiado tiempo nos hemos acostumbrado a pensar al artista como un ser dotado de una sensibilidad extraordinaria, o de una espiritualidad intensa, o de un “fondo de verdad” superior al que podrían ofrecer la ciencia o la religión, y que su alma, tocada por las musas, develaría bajo la forma de obras. Talento, genialidad, mediador entre lo inefable y lo expresable, adherente a la idea del arte por el arte o bien a la politización del arte, vanguardistas, post-vanguardistas, performances feministas, instaladores, arte urbano. Detrás de esto siempre se ocultó la idea de “originalidad”. Pero todas estas variantes y posiciones pertenecen a una época que confiaba al arte la misión de descubrir el centro de gravedad humano o bien la tarea de dilucidar el misterio de la muerte. Una época anterior confiaba estas tareas a la religión, y quizás haya mucho de espíritu religioso en los artistas, mucho más de lo que ellos suponen. Pero cuando el arte ya no es una práctica y una ideología asociable a la emancipación espiritual o a la emancipación política, y además, cuando la población aspira a que la muerte, o al menos el envejecimiento, cedan sus potestades, entonces no son los artistas quienes pueden abrir mundos a la imaginación humana sino los científicos y los tecnócratas, actuales taumaturgos y alquimistas de la carne humana. Es la técnica la que se presenta en el horizonte como reorganizadora de los paisajes humanos, y de sus expectativas, ya no el arte. Y quizás el arte haya muerto joven, apenas doscientos años de existencia como acontecimiento moderno, un sueño del romanticismo. Pero este ideal del arte ya está caduco. Entiéndase: no se trata de que los artistas carezcan de tareas. Muy por el contrario: son personal mejor pagado que en su época clásica, sus obras están integradas en instituciones correspondientes, y su vinculación con los medios masivos de comunicación, es decir, con las industrias del espectáculo, ya supone cierta dependencia. Lo que ha finalizado es la “época del arte”, o la consideración del Arte como misión —es decir, el concepto filosófico de Arte—, en tanto el mundo contemporáneo solo puede asimilar mercancías, más allá de la voluntad personal del artista. Pero en un mundo que descrea de la metafísica y de la trascendencia, ¿qué resta para el arte? ¿Espectáculos administrados?

¿Rebeliones en reservas naturales? ¿Nostalgia por un mundo perdido? Y sin embargo, existe en el mundo un limbo jurídico llamado Guantánamo, y también millones de animales –incluyendo al animal humano– sucumben día a día a una muerte mecanizada, y el derecho al placer radical se traspapela entre imágenes inalcanzables del cuerpo humano. El cuerpo, es decir, lo irredento, lo indigno, lo único.